

Starship troopers

Robert A. Heinlein

Traducción:
Ester Mendía Picazo



Libros publicados de Robert A. Heinlein

1. Estrella doble
2. Puerta al verano
3. La Luna es una cruel amante
4. Tiempo para amar
5. El granjero de las estrellas
6. Amos de títeres
7. Starship troopers

Título original: *Starship Troopers*
Primera edición

© 1959, 1987 by Robert A. Heinlein, 2003 by Robert A. & Virginia Heinlein Prize Trust.

Ilustración de cubierta: © 1997 Tristar Pictures / Touchstone Pictures.

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/ Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-652-0 Depósito legal: B-9-2011

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24, Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Agradecimientos

La estrofa sacada de «The 'Eathen», de Rudyard Kipling, al comienzo del capítulo siete está utilizada con permiso de los herederos del señor Kipling. Las citas de la letra de la balada *Rodger Young* se han utilizado con permiso del autor, Frank Loesser.

Al sargento Arthur George Smith, soldado, ciudadano, científico, y a todos los sargentos de cualquier época que han trabajado para convertir a chicos en hombres.

R. A. H.

¡Vamos, simios! ¿Queréis vivir para siempre?
—Sargento de sección desconocido, 1918

Siempre tiemblo de pánico antes de una bajada. Me han puesto las inyecciones, claro, y he recibido preparación hipnótica, y lo lógico es que no pueda tener miedo de verdad. El psiquiatra de la nave ha comprobado mis ondas cerebrales, me ha hecho unas preguntas estúpidas mientras estaba dormido y dice que no es miedo, que no es nada importante; que es como el temblor de un caballo de carreras esperando impaciente en el cajón de salida.

Sobre eso no podía decir nada; nunca he sido un caballo de carreras. Pero lo cierto es que me muero de miedo, siempre.

Treinta días antes del día D, después de que nos hubiéramos reunido en la sala de bajadas de la *Rodger Young*, nuestro jefe de sección nos pasó revista. No era nuestro jefe de sección habitual porque el teniente Raszak había muerto en nuestra última bajada; él era en realidad el sargento de sección, el sargento de carrera Jelal. Jelly era un turco-finlandés de Iskander, cerca de Próxima; un hombre pequeño y moreno que parecía un clérigo, pero al que había visto plantar cara a dos soldados enloquecidos que eran tan grandes que tuvo que alzarse para poder agarrarlos, chocar sus cabezas y aplastarlas como si fueran cocos antes de apartarse mientras caían al suelo.

Fuera de servicio no estaba mal... para tratarse de un sargento. Incluso podías llamarlo «Jelly» a la cara. Los reclutas no, claro, pero sí cualquiera que al menos hubiera hecho una bajada de combate.

Pero ahora mismo estaba de servicio. Todos habíamos revisado nuestro equipo de combate (Mira, es tu propio cuello... ¿lo ves?), el sargento de sección suplente nos había pasado revista después de reunirnos y ahora Jelly estaba volviendo a hacerlo, con gesto adusto y esos ojos a los que no se les escapaba nada. Se detuvo junto al hombre que estaba enfrente de mí y pulsó el botón de su cinturón, el cual hizo una lectura de su condición física.

—¡Rompe fila!

—Pero sargento, no es más que un resfriado. El médico ha dicho...

Jelly lo interrumpió.

—¡Pero sargento! —dijo con brusquedad—. No es el médico el que va a hacer la bajada... y tú tampoco si tienes décimas de fiebre. ¿Crees que tengo tiempo de hablar contigo antes de una bajada? ¡Rompe fila!

Jenkins se marchó, apenado y furioso, y yo también me sentí mal. Como el teniente había muerto en la última bajada y se habían producido ascensos, yo era jefe auxiliar de pelotón, pelotón segundo, en esa bajada y ahora iba a tener un hueco en mi pelotón y ningún modo de rellenarlo. Y eso nunca es bueno; significa que un hombre puede toparse con algo peliagudo, pedir ayuda y que no haya nadie disponible para acudir.

Jelly no prohibió bajar a nadie más. Al instante se situó enfrente de nosotros, nos miró y sacudió la cabeza con tristeza.

—¡Menuda panda de simios! —gruñó—. A lo mejor, si todos estirarais la pata en esta bajada se podría volver a empezar y crear la clase de unidad que el teniente esperaba que fuerais. Aunque, con los reclutas que nos llegan últimamente, probablemente no sería posible. —De pronto se puso derecho y gritó—: Simios, solo quiero recordaros que, contando con las armas, los trajes blindados, la munición, instrumentos y la instrucción, con todo ello, incluida esa forma de comer en exceso que tenéis... cada uno de vosotros le ha costado al gobierno más de medio millón. Sumadle los treinta centavos que

valéis en realidad y todo ello asciende a una suma bastante considerable. —Nos miró—. Podemos prescindir de vosotros, pero no de esos uniformes que lleváis. No quiero héroes en este equipo; al teniente no le gustaría. Tenéis un trabajo que hacer, bajáis, lo hacéis, mantenéis los oídos bien abiertos a la espera de escuchar la señal de retirada y os presentáis en el punto de recuperación al instante y a paso ligero. ¿Entendido?

Volvió a mirar.

—Se supone que conocéis el plan, pero algunos no tenéis suficiente cerebro que se pueda hipnotizar, así que os haré un resumen. Bajaréis en dos filas, entre las que se calcularán intervalos de distancia de dos kilómetros. Dadme vuestra posición en cuanto toquéis suelo, dadles vuestra posición y distancia a vuestros compañeros de escuadra de ambos lados mientras os ponéis a cubierto. Ya habéis gastado diez segundos, así que destruid todo lo que tengáis a mano hasta que descendan los flanqueadores. (Estaba refiriéndose a mí; como jefe auxiliar de pelotón, yo iba a ser flanqueador izquierdo, sin nadie a mi lado. Comencé a temblar.)

»Una vez que pisen suelo, ¡alineaos e igualad esos intervalos! ¡Dejad lo que estéis haciendo y hacedlo! Doce segundos. Después, avanzad a saltos, pares e impares, mientras los jefes auxiliares de pelotón llevan la cuenta y dirigen la maniobra de envolvimiento. —Me miró—. Si lo habéis hecho como es debido..., cosa que dudo..., los flancos entrarán en contacto justo cuando toque la retirada y en ese momento volveréis a casa. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna; nunca la había. Siguió:

—Una cosa más; esto es solo un asalto, no es una batalla. Es una demostración de potencia de fuego y de intimidación. Nuestra misión es que el enemigo sepa que podríamos haber destruido su ciudad, pero que no lo hemos hecho, y que no están a salvo ni aunque nos contengamos de hacer un bombardeo total. No haréis prisioneros. Mataréis solo cuando no podáis evitarlo. Pero toda el área que cubramos será destruida. Gandules, no quiero veros a ninguno volver con bombas sin usar. ¿Entendido? —Miró la hora—. Los Rudos de Raszak tienen una reputación que mantener. El teniente me dijo antes de morir que os dijera

que siempre os estará viendo... ¡y que espera que vuestros nombres brillen!

Jelly miró al sargento Migliaccio, jefe del primer pelotón.

—Cinco minutos para el padre —dijo. Algunos de los chicos rompieron filas y se arrodillaron delante de Migliaccio, y no necesariamente los de su credo, sino musulmanes, cristianos, gnósticos, judíos... Estaba ahí para todo el que quisiera hablar con él antes de una bajada. He oído que antes había unidades militares en las que sus capellanes no luchaban junto a los demás, pero jamás he entendido cómo eso podía funcionar. Quiero decir, ¿cómo puede un capellán bendecir algo que él mismo no está dispuesto a hacer? En cualquier caso, en la infantería móvil todo el mundo baja y todo el mundo lucha, ya sea el capellán, el cocinero o el secretario del Viejo. Una vez que nos deslizáramos por el tubo no quedaría ningún rudo a bordo, excepto Jenkins, claro, y eso no era culpa suya.

Yo no me acerqué. Siempre me daba miedo que alguien me viera temblar si lo hacía, y de todos modos, el padre podía bendecirme igual de bien desde donde estaba. Pero él sí que se acercó a mí mientras los últimos rezagados se levantaban y presionó su casco contra el mío para decirme en privado:

—Johnnie, esta es tu primera bajada como subalterno.

—Sí. —En realidad no era un subalterno, al igual que Jelly no era en realidad un oficial.

—Tan solo una cosa, Johnnie. No dejes que te maten. Sabes cuál es tu trabajo; hazlo. Simplemente hazlo. No intentes ganar una medalla.

—Ya, gracias, padre. No lo haré.

Añadió algo en voz baja en un idioma que no conozco, me dio una palmadita en el hombro y volvió corriendo con su pelotón. Jelly gritó:

—¡Aten...ción! —E inmediatamente nos pusimos en posición.

—¡Sección!

—¡Pelotón! —gritaron Migliaccio y Johnson.

—¡Por sectores, babor y estribor, preparaos para la bajada!

—¡Pelotón! ¡A vuestras cápsulas! ¡Moveos!

—¡Escuadra! —Tuve que esperar mientras las escuadras cuatro y cinco ocupaban sus cápsulas y se deslizaban por el tubo de lanzamiento antes de que mi cápsula apareciera en el puerto y pudiera subir a ella. Me pregunté si a aquellos históricos guerreros les entró el pánico cuando se subieron al caballo de Troya. ¿O eso solo me pasaba a mí? Jelly iba comprobando a cada hombre según los iban cerrando en las cápsulas y a mí me cerró él mismo. Al hacerlo, se inclinó y me dijo:

—No hagas tonterías, Johnnie. Esto es simplemente como una maniobra.

La cubierta se cerró y me quedé solo.

—¡Como una maniobra, dice! —Comencé a temblar descontroladamente.

Después, por mis auriculares, escuché a Jelly decir desde el tubo central:

—¡Puente! ¡Rudos de Raszak... listos para la bajada!

—¡Diecisiete segundos, teniente! —oí responder a la capitana de la nave con su alegre contralto y me molestó que hubiera llamado «teniente» a Jelly. Nuestro teniente estaba muerto y tal vez Jelly se quedaría con su cargo..., pero aún éramos los «Rudos de Raszak».

Ella añadió:

—¡Buena suerte, chicos!

—Gracias, capitana.

—¡Preparaos! Cinco segundos.

Estaba atado por todas partes, abdomen, frente, piernas... Pero temblé más que nunca.

Es mejor una vez te han lanzado. Hasta ese momento, estás ahí sentado en una absoluta oscuridad, vendado como una momia para evitar salir despedido con la aceleración, sin poder apenas respirar y sabiendo que aunque pudieras abrir tu casco, cosa que no puedes, en la cápsula solo habría nitrógeno; y teniendo en cuenta, además, que la cápsula está rodeada por el tubo de lanzamiento y que si disparan a la nave antes de que te lancen, no tienes nada que hacer, morirás ahí mismo, incapaz de moverte, indefenso. Es esa intermi-

nable espera en la oscuridad lo que me hace temblar, pensar que han podido olvidarse de ti; que es posible que la nave haya perdido su casco y permanezca en órbita, muerta, por lo que pronto tú también perderás la vida, incapaz de moverte, asfixiándote. O considerar la posibilidad de que se haya producido una colisión estando en órbita y que mueras así, si no llegas a abrasarte durante la bajada.

Pero entonces el programa de frenos de la nave se puso en funcionamiento y dejé de temblar. Ocho g, diría, o tal vez diez. Que una mujer pilote una nave no es muy agradable porque tendrás magulladuras allá donde hayas estado atado. Sí, sí, ya sé que pilotando son mejores que los hombres, que reaccionan más deprisa y pueden soportar más g. Son capaces de entrar más rápidamente, son más veloces saliendo y, por lo tanto, aumentan las oportunidades de todos, tanto las tuyas como las suyas. Pero aun así, no es divertido golpearte la espalda con una fuerza diez veces mayor que la de tu peso.

Sin embargo, he de admitir que la capitana Deladrier sabe hacer su trabajo. No perdió el tiempo una vez que la *Rodger Young* dejó de frenar y al instante la oí decir:

—Tubo central... ¡lanzamiento! —Se produjeron dos sacudidas hacia atrás cuando Jelly y su sargento de sección suplente salieron despedidos e inmediatamente añadió—: Tubos de babor y estribor... ¡lanzamiento automático! —Y comenzaron a lanzarnos a los restantes.

¡Pum!, y tu cápsula avanza una posición con una sacudida. ¡Pum!, y avanza otra vez, exactamente como cartuchos entrando en la cámara de una anticuada arma automática. Y éramos algo parecido... solo que los cañones de la pistola eran unos tubos lanzadores dobles incorporados a una nave transportadora de tropas y cada cartucho era una cápsula lo suficientemente grande (lo justo) como para contener a un soldado de infantería con todo su equipo de campo.

¡Pum! Estaba acostumbrado al puesto número tres, en el que enseguida estás fuera. Pero ahora ocupaba un puesto en la retaguardia, el último en salir después de tres escuadras. La espera resulta tediosa, incluso aunque cada segundo se lance una cápsula. Intenté

contar las sacudidas, ¡pum! (doce), ¡pum! (trece), ¡pum! (catorce; esta con un extraño sonido, era la cápsula vacía en la que debería haber estado Jenkins), ¡pum!...

Y, ¡cling!, es mi turno y mi cápsula entra de golpe en la cámara de lanzamiento; después, ¡pumba!, la explosión golpea con una fuerza que hace que la maniobra de freno de la capitana parezca un suave golpecito.

Al instante, nada.

Nada en absoluto. Ni sonido, ni presión, ni peso. Flotas en la oscuridad, caída libre tal vez a unos cincuenta kilómetros sobre la atmósfera efectiva; descienes sin peso hacia la superficie de un planeta que no has visto nunca. Pero ahora no estoy temblando; es la espera de antes lo que se hace eterno. Una vez que te lanzan, no puedes sentir dolor porque si algo va mal, sucederá tan deprisa que morirás sin notar que estás muerto... o casi.

Casi de inmediato sentí la cápsula girar y balancearse, después se estabilizó y mi peso recayó sobre mi espalda... una presión que fue aumentando rápidamente hasta que, cuando la cápsula alcanzó velocidad terminal en dirección a la delgada atmósfera superior, me quedé en mi peso total para ese planeta (0,87 g, nos habían dicho). Un piloto que sea un verdadero artista (y la capitana lo era) se acercará y frenará para que tu velocidad de lanzamiento cuando sales del tubo te sitúe en el espacio en relación con la velocidad rotacional del planeta en esa latitud. Las cápsulas cargadas pesan mucho; atraviesan los vientos altos y ligeros de la atmósfera superior sin alejarse demasiado de su posición, pero igual que una sección se dispersa durante la bajada, pierden parte de esa formación perfecta en la que son lanzadas. Un piloto descuidado podría hacerlo todavía peor, esparciendo un grupo de ataque sobre tanto terreno que no sea posible fijar un punto de encuentro para la recuperación de tropas, y mucho menos llevar a cabo la misión. Un soldado de infantería solo puede luchar si alguien lo coloca en esa zona; supongo que, de esta manera, los pilotos son tan importantes como nosotros.

A juzgar por la suavidad con que mi cápsula entró en la atmósfera supe que la capitana nos había dejado allí lo más cerca a un vector

lateral cero que se podía pedir. Me alegré; además de lograr que mantuviéramos una buena formación al tocar suelo y haber eliminado la pérdida de tiempo, un piloto que te baja apropiadamente es un piloto inteligente y preciso a la hora de la recuperación de las tropas.

El armazón externo ardió y se desprendió irregularmente, por lo que me tambaleé. Después el resto se soltó y me enderecé. Los frenos de turbulencia del segundo armazón se accionaron y la marcha se hizo cada vez más brusca a medida que iban quemándose uno a uno y la estructura interna comenzó a hacerse pedazos. Una de las cosas que ayuda a un soldado de cápsula a vivir lo suficiente como para reclamar una pensión es que el desprendimiento de las capas de la cápsula no solo lo ralentiza, sino que estas llenan el cielo de tanta porquería que, por cada hombre que está bajando, el radar capta reflejos de docenas de objetivos, que pueden ser un hombre, una bomba o cualquier cosa. Es suficiente para que a un ordenador balístico le dé un ataque de nervios... y eso es lo que ocurre.

Por si eso fuera poca diversión, durante los segundos inmediatamente posteriores a la bajada, la nave pone una serie de huevos de fogueo que caerán más deprisa que tú porque no van perdiendo capas. Se colocan debajo de ti, explotan, e incluso actúan como transpondedores y cohetes; además, provocan más confusión todavía al comité de bienvenida que te espera en el suelo.

Mientras, tu nave está constantemente conectada a la baliza direccional de tu jefe de sección, ignorando el «ruido» de radar que ha generado y siguiéndote, monitorizando tu impacto para un uso futuro.

Cuando el segundo armazón se desprendió, el tercero abrió automáticamente mi primer paracaídas. No aguantó mucho, pero tampoco tenía que hacerlo; un buen tirón a varias g, y él siguió su camino y yo el mío. El segundo paracaídas duró un poco más y el tercero, bastante. Dentro de la cápsula comenzó a hacer mucho calor y empecé a pensar en aterrizar.

El tercer armazón se desprendió cuando su último paracaídas se había soltado y ahora no tenía nada a mi alrededor más que mi traje blindado y un huevo de plástico. Seguía atado dentro de él, incapaz

de moverme; había llegado el momento de decidir cómo y dónde iba a aterrizar. Sin mover los brazos (no podía), pulsé un interruptor con el pulgar para hacer una lectura de proximidad y la leí cuando se iluminó y apareció en el instrumento reflector que llevaba dentro del casco delante de la frente.

Unos dos kilómetros; un poco más cerca de lo que me habría gustado, sobre todo yendo sin compañía. El huevo interno había alcanzado una velocidad estable, de nada serviría seguir dentro, y la temperatura de su revestimiento indicaba que aún tardaría en abrirse automáticamente, así que pulsé un interruptor con el otro pulgar y me deshice de él.

La primera carga cortó todas las ataduras, la segunda hizo que el huevo de plástico explotara en ocho piezas y así me quedé fuera y sentado en el aire ¡y podía ver! Por si eso fuera poco, las ocho piezas que se habían desprendido estaban cubiertas de metal (a excepción de la pequeña zona por donde había hecho la lectura de proximidad) y darían el mismo reflejo que un hombre con traje blindado. Ahora a cualquier visor de radar, ya estuviera vivo o fuera cibernético, le costaría mucho distinguirme entre la chatarra que tenía cerca, eso sin mencionar las miles de piezas que se extendían kilómetros a cada lado, por encima y por debajo de mí. Una parte del entrenamiento de un soldado de infantería móvil consiste en que sepa ver, desde el suelo y tanto a ojo como con el radar, lo confusa que resulta una bajada para las fuerzas situadas sobre el terreno, porque ahí arriba te sientes completamente desnudo. Es fácil que te entre el pánico y que, o abras un paracaídas demasiado pronto y acabes como un pato sentado (¿los patos se sientan? Y si es así... ¿para qué?), o que no logres abrirlo y te partas los tobillos, la columna y la cabeza.

Así que me estiré para desentumecerme y miré a mi alrededor... después volví a encogerme y me estiré boca abajo, como un ave planeando, para echar una buena ojeada. Tal y como se había previsto, ahí abajo era de noche, pero los anteojos infrarrojos permiten evaluar el terreno bastante bien una vez te acostumbras a ellos. El río que atravesaba la ciudad en diagonal estaba casi debajo de mí y se acercaba con rapidez, brillando y con una temperatura más alta que la de la tierra. No me importaba en qué orilla fuera a

aterrizar, pero lo que no quería era acabar en el agua; eso me haría ir más despacio.

Noté un destello a la derecha, aproximadamente en mi altitud. Algún nativo hostil había incendiado lo que probablemente era una pieza de mi huevo, así que lancé mi primer paracaídas de inmediato con la intención de apartarme de su alcance mientras él seguía los objetivos que iban descendiendo. Me preparé para el impacto, lo superé, y después caí flotando durante unos veinte segundos antes de soltar el paracaídas ya que no quería llamar la atención cayendo a una velocidad distinta de la de todo lo que me rodeaba.

Debió de funcionar porque no me dispararon.

A unos ciento ochenta metros lancé el segundo paracaídas... y enseguida vi que estaba siendo arrastrado hacia el río y que iba a pasar a unos treinta metros sobre un almacén con el tejado plano, o algo parecido, que había junto al río. Solté el paracaídas e hice un buen aterrizaje, aunque algo aparatoso, sobre el tejado gracias a los propulsores de salto del traje. Mientras descendía, buscaba la señal luminosa del sargento Jelal.

Y entonces vi que estaba en la otra orilla del río; en la brújula incorporada dentro de mi casco, la estrella que representaba a Jelly aparecía bastante más al sur de donde debería haber estado: yo me encontraba demasiado al norte. Corrí hacia el lado del tejado que daba al río mientras calculaba la posición y coordenadas del jefe de escuadra que tenía a mi lado y vi que se encontraba un kilómetro y medio alejado de su puesto. Grité:

—¡Ace! ¡Alinéate!

Arrojé una bomba detrás de mí y salté del edificio hacia el otro lado del río. Ace respondió como me había esperado; debió de verme, pero no quería dejar su escuadra. De todos modos, no le hacía ninguna gracia recibir órdenes de mí.

El almacén voló por los aires tras mi salto y la explosión me alcanzó mientras seguía sobre el río, en lugar de quedar protegido por los edificios que había en el extremo más distante. Por poco no tumbó mis giroscopios y yo también estuve a punto de caer. Había programado la bomba para que explotara en quince segundos... ¿o no? De pronto me di cuenta de que me había dejado llevar por los

nervios, lo peor que puedes hacer una vez que tocas suelo. «Como una maniobra», así era, tal y como Jelly me había advertido. Tómate tu tiempo y hazlo bien, aunque eso suponga otro medio segundo.

Al aterrizar, volví a hacer una lectura de la posición de Ace y le dije de nuevo que realineara a su escuadra. No me respondió, pero ya estaba haciéndolo. Lo dejé pasar. Con tal de que Ace hiciera su trabajo, podría tragarme su mal humor... por el momento. Pero cuando estuviéramos a bordo de la nave (si Jelly me mantenía como jefe auxiliar de pelotón) tendríamos que buscar un lugar tranquilo y ver quién era el jefe. Él era cabo de carrera y yo no era más que un soldado de primera haciendo las funciones de cabo en servicio temporal, pero estaba supeditado a mí y bajo esas circunstancias no puedes permitir ninguna insolencia. No de un modo permanente.

Pero ahora no tenía tiempo para pensar en ello; mientras saltaba el río había visto un objetivo muy jugoso y quería llegar hasta él antes de que otro lo viera: un conjunto grande y precioso de lo que parecían ser edificios públicos sobre una colina. Templos, tal vez... o un palacio. Se encontraban a kilómetros del área que estábamos barriendo, pero una de las reglas de un operación «destroza y sal corriendo» era gastar al menos la mitad de tu munición fuera de la zona que te toca cubrir; de ese modo confundes al enemigo, que no sabe dónde estás en realidad, y sigues moviéndote, actuando con rapidez. Siempre te superan en número, y con diferencia; el factor sorpresa y la velocidad son fundamentales para salir con vida.

Estaba cargando mi lanzacohetes mientras comprobaba la situación de Ace y le decía por segunda vez que se alineara. La voz de Jelly me llegó en ese mismo momento por el circuito general:

—¡Sección! ¡A saltos! ¡Adelante!

Mi jefe, el sargento Johnson, repitió:

—¡A saltos! ¡Impares! ¡Avanzad!

Eso me dejó desocupado durante veinte segundos, así que salté al edificio que tenía más cerca, me coloqué el lanzador encima del hombro, localicé el objetivo y accioné el primer gatillo para dejar que el cohete le echara un vistazo a su objetivo; apreté el segundo gatillo, lo solté en su dirección y salté al suelo.

—¡Segundo pelotón, números pares! —grité y esperé mientras contaba mentalmente antes de ordenar—: ¡Avanzad!

Y eso mismo hice yo, saltando sobre el siguiente grupo de edificios y, mientras estaba en el aire, soltando una ráfaga de disparos con el lanzallamas de mano sobre la primera hilera que había junto al río. Parecían de madera y pensé que era el momento perfecto para hacer una buena fogata; con suerte, algunos de esos almacenes albergarían combustibles o incluso explosivos. Al caer al suelo, los lanzadores Y-Rack que llevaba en los hombros dispararon dos pequeñas bombas H. E. a varios cientos de metros en dirección a mis flancos izquierdo y derecho, pero no vi lo que hicieron ya que el primer cohete que había lanzado alcanzó su objetivo... ese inconfundible brillo (si alguna vez lo has visto) de una explosión atómica. Fue diminuta, claro, con un rendimiento nominal inferior a dos kilotones, con reflector de neutrones y compresión de implosión para obtener resultados propios de una masa crítica menor, porque ¿quién quiere verse al lado de una catástrofe cósmica? Pero fue suficiente para barrer esa colina y hacer que todo el mundo en la ciudad fuera a buscar refugio para protegerse de la lluvia radioactiva. Por si eso fuera poco, los habitantes que estuvieran en la calle y mirando en esa dirección no podrían ver nada durante unas cuantas horas... lo cual significaba que tampoco podrían verme a mí. El destello no me había deslumbrado, no nos había deslumbrado a ninguno; nuestros cascos están revestidos de plomo, llevamos los ojos cubiertos con los anteojos infrarrojos y estamos entrenados para agacharnos de modo que el traje nos proteja si resulta que orientamos nuestra visión hacia el sitio equivocado.

Así que simplemente parpadeé con fuerza, abrí los ojos y vi a un nativo del lugar saliendo de una abertura en el edificio que tenía delante. Me miró, lo miré y comenzó a alzar algo... un arma, supuse. Mientras, Jelly gritaba:

—¡Números impares! ¡Avanzad!

No tenía tiempo para jugar con él; tenía que avanzar casi quinientos metros para situarme en la posición donde ya debería estar. Aún tenía el lanzallamas en la mano izquierda; lo achicharré y salté sobre el edificio del que había salido mientras empezaba a contar. Un

lanzallamas de mano se utiliza principalmente para trabajo incendiario, pero es una buena arma defensiva antipersonal en un momento de tensión, ya que no hace falta apuntar mucho.

Entre el nerviosismo y el afán por alcanzar a los demás, salté demasiado alto y con demasiada amplitud. Siempre es una tentación sacarle el máximo partido a tu mecanismo de saltos, pero ¡no lo hagas! Hace que te quedes colgando en el aire unos segundos y que te conviertas en un objetivo fácil. El modo de avanzar es saltando cada edificio, casi rozándolo, una vez te has acercado a él y aprovechándolo al máximo para cubrirte cuando estás abajo, sin permanecer nunca en un mismo lugar más de uno o dos segundos para que no dispongan de tiempo para apuntarte. Tienes que estar en alguna otra parte, en todas partes. Tienes que seguir moviéndote.

En esa ocasión la pifíé: tomé demasiado impulso para saltar una hilera de edificios, pero demasiado poco para sortear además la hilera que había tras ella. Me vi descendiendo sobre un tejado, pero no era uno plano donde tan solo habría tardado unos tres segundos en lanzar otro cohete-A diminuto; ese tejado era una jungla de tuberías, puntales y artículos de ferretería de toda clase. Una fábrica, tal vez de productos químicos. No había lugar donde aterrizar y lo peor de todo era que ahí arriba había media docena de nativos. Estos tíos son humanoides, de entre dos y tres metros de estatura, mucho más flacos que nosotros y con una temperatura corporal más alta; no llevan ropa y destacan en los anteojos de visión nocturna como un cartel con luces de neón. Resultan mucho más graciosos a plena luz del día cuando no llevas los anteojos puestos, pero preferiría luchar contra ellos antes que contra los arácnidos. Esos bichos me ponen nervioso.

Si esos jovencitos ya estaban ahí arriba treinta segundos antes, cuando mi cohete dio en el blanco, entonces no podrían verme ni ver nada. Pero no podía estar seguro y, en cualquier caso, tampoco quería meterme con ellos; no era esa clase de ataque. Así que volví a saltar mientras seguía en el aire, esparciendo un puñado de píldoras de fuego de diez segundos para mantenerlos ocupados, caí al suelo, volví a saltar y grité:

—¡Segundo pelotón! ¡Números pares! ¡Avanzad!

Y seguí adelante para cubrir la distancia mientras intentaba localizar, cada vez que saltaba, algo en lo que mereciera la pena gastar un cohete. Me quedaban tres pequeños cohetes-A y de ningún modo pretendía llevármelos de vuelta. Pero me habían enseñado que hay que sacarle partido a las armas atómicas; era la segunda vez que me permitían llevarlas.

En ese momento estaba intentando localizar su planta depuradora de agua; un golpe directo en ella podría hacer que resultara imposible habitar la ciudad, los obligaría a evacuarla sin que tuviéramos que matar a nadie directamente, y eso era exactamente la clase de perjuicio para el que nos habían enviado ahí abajo. Según el mapa que habíamos estudiado bajo hipnosis, debería estar a unos cinco kilómetros río arriba de donde me encontraba.

Pero no podía verla; tal vez mis saltos no me elevaban lo suficiente. Me vi tentado a subir más, pero recordé lo que Migliaccio había dicho sobre lo de no intentar ganarme una medalla y me mantuve fiel a su doctrina. Programé el lanzador Y-Rack en modo automático y dejé que soltara un par de pequeñas bombas cada vez que tocaba el suelo. Iba prendiéndole fuego a cosas más o menos al azar e intenté encontrar la depuradora de agua o algún otro objetivo que mereciera la pena.

Bueno, ahí arriba había algo y estaba lo suficientemente cerca; ya fuera la depuradora u otra cosa, era grande. Así que salté sobre el edificio más alto que tenía al lado, apunté y disparé. Al bajar de un salto, oí a Jelly gritar:

—¡Johnnie! ¡Red! ¡Empezad a replegar los flancos!

Respondí, oí a Red contestar y fijé mi señal en modo intermitente para que este pudiera distinguirme con toda seguridad. Después, recibí la posición y coordenadas de su señal mientras gritaba:

—¡Segundo pelotón! ¡Maniobra de envolvimiento! ¡Jefes de escuadra, respondan!

Las escuadras cuatro y cinco respondieron:

—¡Procedemos!

Ace dijo:

—Ya lo estamos haciendo. ¡Deprisa!

La señal de Red me dejó ver que el flanco derecho estaba casi delante de mí y a unos veinticinco kilómetros. ¡Vaya! Ace tenía razón, tendría que ir muy deprisa o jamás recorrería la distancia a tiempo. Y además, debía encontrar tiempo para usar unos cuantos quintales de munición y diversas cosas desagradables que llevaba encima. Habíamos aterrizado en una formación en «V», con Jelly situado en el pico, y Red y yo en los extremos de los dos brazos; ahora teníamos que cerrarla para formar un círculo alrededor del punto de encuentro donde nos recogerían, y eso significaba que Red y yo estábamos obligados a cubrir más terreno que los demás y causar daños a la vez.

Por lo menos lo de avanzar a saltos se terminaba, una vez que empezábamos a cerrarnos en círculo. Pude dejar de contar y concentrarme en apresurarme. Cada vez era más peligroso estar en todas partes e, incluso, moverse con rapidez. Comenzamos con la enorme ventaja del factor sorpresa, llegamos al suelo sin que nos dispararan (al menos esperaba que no hubieran alcanzado a nadie al entrar) y habíamos estado corriendo como locos entre ellos de tal modo que podíamos abrir fuego a nuestro antojo, sin temer alcanzar a un compañero, mientras que era altamente probable que ellos hirieran a su propia gente al dispararnos a nosotros... eso si es que podían localizarnos para apuntar al menos. No soy experto en teoría de juegos, pero dudo que ni siquiera un ordenador pudiera haber analizado lo que estábamos haciendo a tiempo de predecir dónde estaríamos a continuación.

Sin embargo, la defensa interna estaba empezando a contraatacar, ya estuviera coordinada o no. Esquivé un par de ataques fallidos con explosivos que cayeron lo suficientemente cerca como para que me castañetearan los dientes incluso estando dentro del traje blindado; y en una ocasión me rozó una especie de rayo que hizo que se me erizara el pelo y me dejó medio paralizado por un momento, como si me hubiera dado un golpe en el hueso de la risa, pero por todas partes. De no ser porque el traje ya había recibido la orden de saltar, supongo que no habría salido de allí.

Esa es la clase de cosas que hacen que te detengas y te preguntes por qué te alistaste en el Ejército, pero estaba demasiado ocupado

como para pararme. En dos ocasiones, mientras saltaba a ciegas por encima de unos edificios, aterricé justo en mitad de un grupo de nativos; salté inmediatamente a la vez que, como un loco, soltaba una ráfaga de disparos a mi alrededor con el lanzallamas.

Avancé así y rápidamente recorrí la mitad de la distancia que me correspondía, tal vez unos siete kilómetros, aunque sin causar mucho más que un daño fortuito. Mi Y-Rack se había vaciado dos saltos atrás y, al verme solo en una especie de patio, me detuve para cargarlo con mis bombas H. E. de reserva mientras comprobaba la posición de Ace. Vi que me encontraba lo suficientemente alejado por delante de la escuadra del flanco para gastar mis dos últimos cohetes-A. Salté encima del edificio más alto del barrio.

Estaba amaneciendo y había suficiente luz para ver. Me subí los anteojos a la frente e hice un rápido barrido a vista descubierta en busca de cualquier cosa detrás de nosotros a la que mereciera la pena disparar, cualquier cosa; no tenía tiempo para darme el lujo de escoger.

Había algo en el horizonte, en la dirección de su espaciopuerto; una estación de administración y control, tal vez, o incluso podría ser una nave. Casi en línea y aproximadamente a mitad de camino había una estructura gigante que no podía identificar ni siquiera a grandes rasgos. La distancia hasta el espaciopuerto era enorme, pero dejé que el cohete lo viera, le dije «¡Ve y encuéntralo, cariño!» y le giré la cola; metí el último, lo envié hacia el objetivo más cercano y salté.

El edificio recibió un impacto directo justo cuando salté de él. O un flacucho había decidido (y con razón) que merecía la pena destruir una de sus construcciones por uno de nosotros, o uno de mis compañeros estaba teniendo muy poco cuidado con los fuegos artificiales. De cualquier modo, no quería saltar desde aquel punto. Decidí atravesar los siguientes edificios en lugar de ir por encima. Así que me quité el lanzallamas de la espalda, me puse los anteojos, y me ocupé del muro que tenía ante mí con un cuchillo láser a potencia máxima. Una sección de pared cayó y entré...

Para retroceder más deprisa todavía.

No sabía qué era lo que había abierto: una iglesia, una pensión de mala muerte llena de flacuchos, o tal vez incluso su cuartel general

de defensa. Lo único que sabía era que había una habitación muy grande llena de más flacuchos de los que quería ver en toda mi vida.

Probablemente no era una iglesia, ya que alguien me disparó mientras salía; fue como un porrazo que rebotó en mi traje blindado, hizo que me pitaran los oídos y que me tambaleara, sin llegar a hacerme daño. Pero eso me recordó que no debía marcharme sin dejarles un recuerdo de mi visita. Agarré lo primero que encontré en mi cinturón, lo lancé... y oí cómo empezó a chillar. Tal y como no dejan de decirte en Básica, hacer algo constructivo al instante es mejor que descubrir horas después cuánto mejor se podría haber hecho.

Por pura casualidad había hecho lo correcto. Lo que lancé era una bomba especial, una que se nos entregó a cada uno para esta misión con instrucciones de utilizarla si encontrábamos algún modo de hacerla efectiva. El chillido que oí al lanzarla fue la bomba gritando en el idioma de los flacuchos (traducción libre): «¡Soy una bomba de treinta y dos segundos! ¡Soy una bomba de treinta y dos segundos! ¡Veintinueve!... ¡Veintiocho!... ¡Veintisiete!...».

Estaba hecha para que les pusiera los nervios de punta. Y tal vez lo logró porque a mí, sin duda, me los puso. Resulta menos cruel disparar a un hombre. No esperé a que finalizara la cuenta atrás; salté mientras me preguntaba si encontrarían suficientes ventanas y puertas para salir a tiempo.

Localicé la luz intermitente de Red cuando me encontraba en lo alto del salto y la de Ace al tocar tierra. Estaba quedándome atrás otra vez... había llegado el momento de darse prisa.

Pero tres minutos después habíamos cubierto la distancia. Tenía a Red en mi flanco izquierdo, a algo menos de un kilómetro. Se lo comunicó a Jelly y oímos el gruñido relajado del mismo, dirigiéndose a la sección al completo:

—El círculo está cerrado, pero aún no ha llegado la nave de rescate. Moveos hacia delante lentamente y apiñaos, ponédselo un poco más difícil al contrario, pero, cuidado, no a los compañeros que tenéis a ambos lados. Buen trabajo por ahora... no lo estropeéis. ¡Sección! ¡Juntaos!

A mí también me pareció un buen trabajo; gran parte de la ciudad estaba ardiendo y, aunque ya era casi pleno día, el humo era tan

denso que costaba saber qué convenía, si dejar los ojos al descubierto o ponerse los anteojos.

Johnson, nuestro jefe de pelotón, gritó:

—¡Segundo pelotón, retiraos!

Yo repetí:

—¡Escuadras cuatro, cinco y seis... retiraos e informad! —La variedad de circuitos de seguridad que teníamos a nuestra disposición en los nuevos modelos de unidades de comunicación aceleraba las cosas; Jelly podía hablar con cualquiera o con sus jefes de pelotón; un jefe de pelotón podía llamar a todos los miembros o a sus suboficiales; y la sección podía reunirse dos veces más rápido, cuando los segundos importaban. Escuché cómo se retiraba la cuarta escuadra mientras yo comprobaba la potencia de fuego que me quedaba y lanzaba una bomba hacia un flacucho que había asomado la cabeza por una esquina. Se marchó y lo mismo hice yo. «Apiñaos», había dicho el jefe.

La cuarta escuadra no consiguió formarse para retirarse hasta que el jefe de escuadra recordó ocupar el número de Jenkins; la quinta comenzó a replegarse y yo empecé a encontrarme bien cuando terminó la retirada, después del número cuatro en la escuadra de Ace. Grité:

—¡Ace! ¿Dónde está Dizzy?

—Cierra la boca —dijo—. ¡Número seis! ¡Retírate!

—¡Seis! —respondió Smith.

—¡Siete!

—Sexta escuadra, falta Flores —terminó Ace—. Jefe de escuadra sale para el rescate.

—Falta un hombre —informé a Johnson—. Flores, escuadra seis.

—¿Desaparecido o muerto?

—No lo sé. El jefe de escuadra y el jefe auxiliar de pelotón auxiliar bajan para el rescate.

—Johnnie, deja que se ocupe Ace.

Pero como no lo oí, no respondí. Le oí informar a Jelly, y a este maldecir. Mirad, no estaba buscando una medalla, pero es cuestión del jefe auxiliar de pelotón ocuparse del rescate; él va el último, es prescindible. Los jefes de escuadra tienen otro trabajo que hacer.

Como ya habréis deducido, el jefe auxiliar de pelotón no es necesario mientras el jefe de pelotón esté vivo.

Justo en ese momento me sentía extrañamente prescindible, casi utilizado, porque estaba escuchando el sonido más dulce del universo: la señal sobre la que aterrizaría la nave de rescate estaba llamándonos. La señal es un cohete robot lanzado delante de la nave de rescate, un simple pincho que se clava en el suelo y comienza a emitir esa grata música de bienvenida. La nave de rescate se dirige a ella automáticamente tres minutos después y más te vale estar cerca porque el autobús no puede esperar y no pasará otro.

Pero no se abandona a un soldado de cápsula; no mientras exista una posibilidad de que siga vivo; no en los Rudos de Raszak. No en ningún equipo de la infantería móvil. Intentas recuperarlo.

Me llegó la orden de Jelly:

—¡Cabezas arriba, chicos! ¡Acercaos al círculo de recuperación e interceptad! ¡Marchando!

Oí la dulce voz de la señal: «... Por la eterna gloria de la infantería, ¡que brille el nombre, que brille el nombre de Rodger Young!», y quise dirigirme hacia ella con tanta intensidad que podía sentirla.

Pero estaba dirigiéndome hacia el otro lado, acercándome a la señal de Ace y gastando lo que me quedaba de bombas, de píldoras de fuego y de cualquier cosa que me lastrara.

—¡Ace! ¿Tienes su señal?

—Sí. ¡Vuelve, inútil!

—Te veo. ¿Dónde está?

—Justo delante de mí, tal vez a unos cuatrocientos metros. ¡Largo de aquí! Es mi hombre.

No respondí; simplemente crucé hacia la izquierda en diagonal para alcanzar a Ace donde dijo que estaba Dizzy.

Y encontré a Ace de pie junto a él, con unos cuantos flacuchos ardiendo en llamas y otros cuantos huyendo. Me puse a disparar a su lado.

—¡Vamos a sacarlo de su traje... la nave bajará en cualquier momento!

—¡Está grave!

Bajé la vista y comprobé que era cierto: había un agujero en su traje blindado y de él salía sangre. Y yo estaba confuso. Para rescatar a un herido lo sacas de su traje, simplemente lo levantas en brazos (a ti no te supone ningún problema si llevas un traje motorizado) y das un salto para alejarte de allí. Un hombre desnudo pesa menos que la munición y todas las cosas que has utilizado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nos lo llevamos—dijo Ace con determinación—. Agárralo del lazo izquierdo de su cinturón. —Él lo cargó por el lado derecho y pusimos a Flores de pie—. ¡Júntate! Y ahora... contamos, prepárate para saltar... uno, ¡dos!

Saltamos. Ni lejos, ni bien. Un hombre solo no podría haberlo levantado del suelo ya que un traje blindado pesa demasiado, pero es posible si se divide el peso entre dos hombres.

Saltamos... Y saltamos otra vez, y una vez más, mientras Ace contaba; los dos sujetábamos y cogíamos a Dizzy cada vez que tocábamos suelo. Sus giroscopios parecían haberse estropeado.

Oímos que la señal se detenía cuando la nave de recuperación aterrizó sobre ella. La vi ... y estaba demasiado lejos. Escuchamos al sargento auxiliar de sección gritar:

—¡Uno tras otro, preparaos para embarcar!

Y Jelly gritó:

—¡Ignorad esa orden!

Vimos la nave, nos alcanzó el ululato de su aviso de despegue y vimos a los miembros del escuadrón aún en el suelo, rodeándola en un círculo de intercepción y agachados tras el escudo que habían formado.

Oí a Jelly gritar:

—Uno tras otro, subid a la nave. ¡Moveos!

¡Y seguíamos demasiado lejos! Pude verlos separarse del primer pelotón, entrar en tropel en la nave a medida que el círculo de intercepción se cerraba.

Y una sola figura se salió del círculo y vino hacia nosotros con una velocidad que solo era posible con un traje de comando.

Jelly nos cogió mientras estábamos en el aire, agarró a Flores por su Y-Rack y nos ayudó a subir.

En tres saltos llegamos a la nave. Todos los demás estaban dentro, pero la puerta seguía abierta. Lo metimos dentro y la cerramos mientras la capitana de la nave nos gritaba que habíamos hecho que perdiera el punto de reunión y que ahora todos estábamos muertos. Jelly no le prestó atención; dejamos a Flores en el suelo y nos tumbamos a su lado. Jelly dijo para sí:

—Todos presentes, teniente. Tres hombres heridos... ¡pero todos presentes!

Esto lo digo por la capitana Deladrier: no puede haber un piloto mejor. Un punto de reunión, una nave para entrar en órbita, es algo que está precisamente calculado. No sé cómo, pero lo está, y eso no se modifica. Uno no puede cambiarlo.

Pero ella sí. Vio que no había podido lanzar la nave a tiempo; frenó y retrocedió, tomó velocidad otra vez y nos sacó de allí a ojo, sin tiempo para calcularlo. Si el Todopoderoso alguna vez necesita un ayudante para mantener las estrellas dentro de su rumbo, sé dónde puede buscar.

Flores murió por el camino.